

se un busto más que de mujer, de diosa.

Pues bien; aquella tarde acordamos todos ir a pasarla al pinar, y así lo hicimos. Por el camino, fuimos bromeando unos con otros y haciendo parajas para los juegos que pensábamos poner en práctica para divertirnos. A uno de los que jugamos fué de prendas, y me tocó, por buena o mala suerte (yo creo que, para mí, por buena), perder, y todos acordaron imponerme la pena siguiente: arrodillarse ante la que creyese más hermosa, dar la mano a la más simpática y volver la espalda a la más fea; esto último no lo hice, claro está, no porque no las hubiese, sino por educación; mas las dos primeras cosas tuve que hacerlas, con mucho agrado por mi parte, y desde luego, para mí ambas estaban reunidas en Luisa, y hacia ella fui, dispuesto a hincar mi rodilla en tierra en señal de veneración, dándole al mismo tiempo la mano; mas ella no consintió que lo hiciese, y al ir a arrodillarme, cogió mi mano con la suya y lo impidió. Dióme las gracias con serenidad que estaba muy ajena a sentir, pues su mano temblaba tanto entre las mías y era tal la excitación nerviosa que tenía, que no pude por menos de preguntarla:

—¿Se pone usted mala? ¿Le pasa algo?

—No, no, es un pequeño mareo; pero yo creo que dándome un poco el aire, pasará—contestó ella.

—¿Quiere que demos un paseo hacia la fuente, haber si bebiendo agua fresca se le pasa?

—Sí, vamos a darlo. No tiene nada de particular esto que me ha ocurrido, pues es muy frecuente en mí; además lo que, como es el primer día que salgo después de mi larga enfermedad, y ustedes me han halagado tanto, no es de extrañar que me haya emocionado algo; mas, vamos hacia la fuente.

Caminamos hacia la fuente los dos, cogidos del brazo, y fuimos hablando por el camino de cosas insignificantes; mas llegamos a ella, y yo, que iba bajo los efectos de la pasión más dulce, avasallante y abrasadora de la vida, no pude contenerla por más tiempo dentro de mi corazón, y con palabras que me sería imposible reproducir aquí otra vez, la declaré todo lo que por ella sentía, toda esa pasión que sin yo darme cuenta había ido ocupando mi corazón en las pocas horas que hacía que conocía a Luisa.

Escuchóme ella con los ojos bajos y las mejillas coloreadas por el rubor, no atreviéndose a interrumpirme por miedo a cortar el hilo de las amorosas palabras que por mi boca iban saliendo. Una vez que hube terminado, tomó ella la palabra, y con voz angelical, velada por la intensa emoción que sentía, contestó:

—Yo también le amo a Ud.; no sé qué impresión ha producido en mí, que le amo tanto como dice amarme; tanto amor como ha expresado en sus palabras, le tengo yo. Soy una niña todavía, pues

tengo quince años; nunca mis oídos habían escuchado semejantes palabras; nunca en mi corazón había sentido una pasión semejante; hasta ahora no había pensado en una cosa semejante; nunca, en fin, había experimentado eso que ha llamado Ud. amor; esta es mi primera ilusión; usted es el primero que me ha abierto las puertas de otro mundo diferente al en que habitamos, de otro mundo imaginario de sueños y de ilusiones, hasta hoy desconocido para mí. Yo seguiré amándole toda mi vida, que presiento que va a ser muy corta, y Ud. a mí también; yo vivo aquí sola, sin nadie que venga a visitarme, así es que estoy siempre triste; pero ahora, hablando con Ud., no estaré ya sola, porque irá a mi casa todas las tardes, pues pienso presentarlo a mis papás.

Por las palabras de aquella preciosa criatura, comprendí hasta dónde llegaba su pasión, que era, si cabe superior a la mía; éramos, pues, dos seres creados para el amor, para amarnos mutuamente, y así fué, en efecto; mas no pude gozar mucho de las palabras amorosas de aquella deliciosa niña, de mi hermosa Azucena, como yo le llamaba, pues la muerte, implacable y feroz, segó con su poderosa guadaña la flor virginal y tierna que mi cariño representaba. Sólo tuve la dicha de estar amándola y adorándola seis meses, al cabo de los cuales murió, víctima de la misteriosa enfermedad que la aquejaba.

Aún antes de morir, me dió un beso puro y casto, cual lo hubiera podido dar una hermana a su hermano, el primero que me daba desde que hablaba con ella, pidió que no quisiese a ninguna tanto como la había querido a ella, cosa que casi cumplí durante cuatro años, pues desde entonces, y con cariño verdad, no he querido a ninguna otra, aunque las he encontrado tan bellas y aun más que la primera.

THE PEELE.

Cuenca y mayo 25-1917.

EL MATRIMONIO

El matrimonio es bendito:

casarse, lo manda Dios;

la mujer es un edén,

el celibato un horror.

El que no se casa, un tonto;

el que se casa, acertó;

la vida feliz se pasa,

esta es mi sola opinión.

La mujer, el ser perfecto

que en la tierra puso Dios;

siempre ella endulza las penas,

ella es todo corazón;

quien quiera vivir feliz,

casarse sin dilación;

quien permanezca soltero,

no tiene perdón de Dios.

Guerra, guerra al celibato,

el casarse es lo mejor.

pues es estado perfecto del hombre; y, sin discusión, el hombre que está casado vive feliz y mejor que aquel que del matrimonio tiene una mala opinión.

El lector podrá juzgar de la verdad de este aserto, sabiendo que, quien lo dice, es mi amigo Bruno Prieto, que hace catorce o quince años que está loco en Ciempozuelos.

ZERAUS.

CRÓNICA

LA NIÑEZ

Retrocedamos un poco por la empinada cuesta de la vida y volvamos a nuestros primitivos años, en donde las penas están por demás y la alegría y el deseo de vivir rebosan por todas partes.

Al niño se le niega un capricho, bien porque no le conviene, o bien porque su precio es muy elevado y su familia no puede soportarlo; entonces llora, pateca, y en su deseo ardiente de quererlo todo, de ambicionar cuanto ve, allí en su imaginación acaricia la siguiente frase: «¿Cuándo seré hombre!» Es natural: no conoce que, a medida que la edad avanza, los caprichos y juguetes que tanto ambicionaba antes, no le sirven ahora para nada; que de día en día se descubren mayores contrariedades, disgustos y desilusiones.

Espera con ansia el *mañana* que ha de transformarle, y desea que pase rápidamente el *hoy*, que le tiene reducido por su pequeñez.

No puede tampoco revelarse, porque una voz o un ademán imperiosos le harían enseguida callar, aun en contra de su voluntad.

La resignación y la esperanza de pasar días mejores con el transcurso del tiempo, mantienen su ilusión, no haciéndole, por consiguiente, llegar al extremo de la desesperación: al fatal suicidio.

Y sin embargo, el tiempo pasa velozmente, sin dejar huellas de lo que *ayer* ocurrió; sólo deja un grato recuerdo, un algo que, sin poderlo explicar, aun siendo incapaz de confundir, le hace caer en la meditación y evocar lo presente, según lo pasado.

Ha llegado a hombre; y si antes su voluntad no significaba nada, por depender sus acciones de sus superiores, ahora sus acciones tampoco dependen de su voluntad, por hallarse ésta a merced, primero, de la Naturaleza, y segundo, de la Sociedad.

Entonces, el hombre piensa en sus buenos tiempos; piensa que aquellos años en que transcurrió su infancia, durmiendo en